

EL OCCIDENTE

DIARIO POLITICO.

Sábado 20 de Enero de 1855.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.	Un mes.	12 rs.
	Tres meses.	36
	Six meses.	60
PROVINCIALES.	Un mes.	10
	Tres meses.	30
	Six meses.	50
ESTRANGERO.	Un mes.	15
	Tres meses.	45
	Six meses.	75
ULTRAMAR.	Un mes.	20
	Tres meses.	60
	Six meses.	100

AÑO I.—NUMERO 10.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION DE EL OCCIDENTE, Corredora de la calle de San Pedro, n.º 16, principal.
EN LA LIBRERIA DE MONTE, Carrera de San Gerónimo, 10.
CUESTA, calle Mayor, 10.
VILLA, plazuela de Santo Domingo, 10.
BAILLY-BAILLY, calle del Príncipe, 10.
OLIVERAS, calle de la Concepción, 10.
PROVINCIALES. En casa de los correspondientes, o por medio de libranza á la Administracion.

EDICION DE LA MAÑANA.

ADVERTENCIA.

Hemos demorado hasta hoy la publicacion de *novelas en el folletín de El Occidente*, porque aguardábamos poder ofrecer á nuestros lectores *trabajos originales con preferencia á obras traducidas del francés. La preciosa leyenda viscongada que principiamos á insertar en el presente número, debida á la pluma del inspirado autor de EL LIBRO DE LOS CANTARES: el señor D. Antonio de Trueba, debe considerarse como el primer libro de la coleccion original que pensamos dar á luz, apartándonos en esto de la regla seguida hasta ahora por la mayor parte de los periódicos españoles.*

MADRID 20 DE ENERO.

La grave discusion suscitada ayer en las Cortes constituyentes con motivo de un voto de desconfianza que varios diputados propusieron en contra del ministerio, nos obliga á fuer de leales y justos á retirar el artículo que sobre las complicaciones políticas del momento, habíamos destinado para el presente número.

En efecto; al ver nosotros la vacilacion, y casi diremos la impotente lucha que el ministerio sostenia consigo mismo, sin decidir clara y terminantemente sus pensamientos, sus propósitos y aspiraciones; al contemplar ese estado de marasmo en que el poder hoy supremo de la nacion yacia; al distinguirla rodeada de peligros, de complicaciones y hasta de próximos desastres, nos decidimos á interpretar seria y duramente sobre las misteriosas cavilaciones que podrían absorber las largas horas de sus consejos.

Hoy ya ha variado de una manera absoluta su posicion con las declaraciones hechas en la Asamblea por sus mas autorizados individuos, y fuerza es por consiguiente que varíemos tambien nosotros, siquiera sea con la cualidad de por ahora, la manera de increparle sobre lo mucho en que á nuestro ver era susceptible de inerepacion.

Varios miembros de la Cámara, algunos de ellos muy conocidos por sus aficiones parciales con el Sr. Duque de la Victoria, presentaron en la sesion de ayer un voto de censura contra el gobierno, aunque relevando de sus consecuencias al presidente del Consejo de ministros.

Este, que á la cabeza de todo el gabinete ocupaba desde el principio de la sesion el banco azul, se levantó el primero á protestar enérgicamente contra la particular escepcion que queria hacerse de su persona en la violenta censura dirigida á todos sus compañeros. Con frases unas veces elevadas, otras menos parlamentarias, pero siempre decisivas y graves, anunció el duque de la Victoria que aceptaba toda la responsabilidad del ministerio, cuyas inspiraciones eran las suyas, y cuyos pensamientos iniciaba en muchas ocasiones, y cuya política en todos los asuntos y materias era su propia política; concluyendo por manifestar que el gobierno marcharía por el camino del progreso con paso firme y decidido, sin estacionarse ni retroceder jamás.

Después de esta declaracion, retiró su firma del voto de censura el Sr. Seoane, siendo esta reemplazada en el acto por la del Sr. Figueras. Entonces el Sr. Calvo Asensio, otro de los firmantes, sostuvo los términos de la proposicion condenando la marcha incierta del gabinete, á cuyo discurso contestó defendiéndose el señor ministro de Estado.

Todavía el duque de la Victoria pronunció al-

gunas frases exortando á la prudencia y conciliacion á los representantes del país, en nombre del país, en nombre de los peligros que la desunion acarrearía al Estado; terminadas que fueron, se suscitó un animado debate en que se cruzaron discursos de los Sres. Figueras, Vargas, Rios Rosas, Luxuriaga y O'Donnell, cuya reproduccion integra en otro lugar nos escusa de bosquejar impropriadamente en este sitio.

El voto de desconfianza, en fin, fué desechado completamente por 138 diputados contra 69, habiendo quedado como unos treinta señores sin votar.

Ahora bien; la situacion política se ha despejado completamente. De hoy mas ya sabemos á qué atañernos en punto á la marcha del gabinete; el duque de la Victoria acepta la responsabilidad pasada y futura de sus compañeros: si las tendencias de estos no son en lo sucesivo aceptables á los ojos del país, ya no podrán decirnos que la vacilacion y la impotencia proceden de la falta de unidad fundamental que existe entre los miembros del gobierno español.

CONTRIBUCION DE CONSUMOS.

La contribucion de consumos ha sido suprimida. Las Cortes han decretado con esta abolicion, que de hoy mas, la carne, los huesos y la sangre de la clase menesterosa serán cosas respetadas y que no se llamarán á contribuir para llenar las cifras de nuestro presupuesto de ingresos. Esta determinacion de orden supremo y de caridad eminentemente católica, ha exaltado á la bilis del partido ultra-conservador, y afligido el alma pia de los apóstoles del derecho divino, de los partidarios del gobierno de Dios por su delegado el Papa, y del gobierno del Papa por sus delegados los reyes. En su exaltacion y afliccion generosas y sinceras, tocan á rebato en los periódicos, y se desatan en invectivas contra las Cortes, contra el gobierno, contra la abolicion y contra el pueblo ignorante que se alegra de ella.

La posicion de imparcialidad que hemos elegido, y en que nos hemos colocado en la prensa periódica y política, y la promesa solemne que hemos hecho á nuestros suscritores de hablarles en toda ocasion sin espíritu de partido, y con arreglo solo á las inspiraciones de nuestra conciencia, nos obligan á separarnos de ese destemplado coro de llantos y bramidos teatrales, y á expresar con sinceridad nuestra opinion acerca del impuesto suprimido.

La contribucion inícu que las Cortes acaban de abolir es insostenible en buenos principios económicos, y esto es tan evidente, que sus defensores se abstienen con admirable habilidad de entrar en este terreno. El impuesto sobre los artículos de primera necesidad no recae en la riqueza, la única cosa imponible que existe en el mundo, ó solo pesa sobre ella cuando la paga el rico, brutalmente igualado aquí con el pobre. El miserable cuyo jornal de hoy apenas le basta para reponer las fuerzas vitales, perdidas en un prolongado trabajo de doce ó trece horas, y predisponerse para el mismo ejercicio en el día de dolores que le aguarda... ¿con qué pagará el impuesto? ¿Con qué, sino con un poco de la sangre de sus venas, con una parte de sus fuerzas vitales, con una porcion de su existencia? La vida, hé aquí la materia imponible de la contribucion cuya desaparicion lamentan los defensores del orden y de la religion; la vida del pobre ofrecida en

holocausto en las aras de los caprichos y disoluciones del rico.

Pero vengamos al terreno que han elegido los enemigos de la revolucion de julio para dirigir sus ataques al único bien que el generoso pueblo español haya logrado hasta ahora de tantos trastornos y revoluciones como han trabajado su paciencia y sufrimiento.

Convencidos de que en una discusion racional y de principios no podrían sostener sus absurdas é inhumanas doctrinas, acuden al campo de los hechos, donde la ignorancia estrepitosa de unos y la insignie mala fé de otros se entregan á la indigna tarea de desfigurar las consecuencias del voto de las Cortes con una alegría y una satisfaccion verdaderamente insensatas.

En los primeros momentos de la supresion, los artículos libertados del impuesto no bajaron y no podían bajar de precios; y la razon de esto está en que las existencias almacenadas, los acopios existentes en los grandes centros de consumo, habiéndose verificado con el pago de derechos, el vendedor no podía relevar al consumidor de su parte correspondiente en los mismos: obrar de otro modo hubiera sido vender á pura pérdida, y no hay en el mundo quien desee comerciar á tanta costa.

La baja debía venir con el tiempo, y en efecto ha llegado; pero no en las proporciones que la ignorancia presumia. Esta habia pensado que toda la suma de los derechos suprimidos, debía recaer exclusivamente en beneficio del consumidor; y así como en los primeros momentos de la reforma arrojaba al rostro de sus partidarios los proyectiles de la firmeza de los precios, hoy los arroja los de una baja que califica de insignificante.

Este error, cuando lo es, porque en muchos es desecho y mala voluntad, proviene en los que lo cometen de su falta absoluta de conocimientos económicos. No basta saber rimar bien seis versos á Coris ó á la luna; tomar el pulso á un enfermo, ó rezar de memoria una letanía, para discurrir con acierto en materias económicas, para no disparatar tratándose de asuntos tan complicados y trascendentes como la teoria del precio.

El precio de un producto es el valor que paga todos los servicios que han contribuido á su formacion y á su presentacion en el mercado. El consumidor presta dicho valor, paga todos los servicios que implica el producto localizado, y entra en posesion de él. Pero cuando entre el comerciante y el consumidor se interpone el fisco para gravar el precio de un producto con la carga del impuesto, el consumidor se niega á pagar este gravamen y lo arroja sobre el espendedor, y este sobre toda la serie de trabajadores, hasta llegar al productor de la primera materia. Al fin por una serie de acciones y reacciones, el impuesto viene á repartirse entre todo el círculo económico, desde el consumidor hasta el productor primitivo. Así, cuanto mas complicado es un producto, cuanto mayor número de industrias hayan tomado parte en su formacion, mas fácilmente podrá sobrelevar el impuesto, como que se reparte, naturalmente, entre mayor número de personas.

Cuando el impuesto cesa dejando de gravar el producto ó mejor las manufacturas que lo producen y el elemento que lo consume, no es solo el consumidor el que tiene derecho á participar de este beneficio, sino con él todas las industrias que han concurrido á ponerlo á su alcance, y que

con él contribúan á los ingresos del fisco. Hé aquí explicado el fenómeno con que mueven tanto ruido la ignorancia y la malicia, enemigos de todas las reformas útiles y, en especial, de la que nos ocupa. La rebaja en los derechos del vino, por ejemplo, no redundará ni deben redundar en beneficio esclusivo del que le bebe, sino que por una solidaridad admirable y verdaderamente divina, por la ley de la armonia de los intereses que Dios ha impuesto á la organizacion natural y libre de las industrias, se repartirá entre el consumidor, el espendedor al por menor, el almacenista, la industria de los trasportes, ó el carromatero, el cosechero, sus asalariados y hasta el propietario territorial.

De las contribuciones indirectas sobre consumos solo son condenables, inícuas y detestables las que, como las suprimidas actualmente, recaen sobre los artículos de primera necesidad, dificultando para el pobre, no solamente los ahorros que conducen al bienestar, á la instruccion y á la civilizacion, sino lo que es el colmo de la impiedad y de la barbarie, la vida, la existencia misma del bracero cuya duracion acortan, como prueban todas las estadísticas del universo. Así los que quieren estos tributos desean la eternidad de la miseria del proletario, la perpetuidad de su ignorancia y la escasa duracion de la vida media de los hombres, á costa de los que en el mundo sufren las mayores fatigas, tomando á su cargo los mas penosos esfuerzos de la humanidad.

Las otras, las que gravan productos de distinta naturaleza, no destinados á servir de primera materia á trabajos posteriores, ni á satisfacer necesidades primeras, sino dispuestos ya convenientemente para un consumo definitivo, y mas bien dispuestos á procurar satisfacciones que á cubrir necesidades imperiosas, lejos de ser vituperables han merecido elogios de los maestros de la ciencia, y es el camino por donde hoy se dirigen los hombres mas experimentados para procurar ingresos fáciles al tesoro de las naciones. En las mas civilizadas de estas existen, y sus productos cubren la mayor parte de su presupuesto de ingresos. Para citar solo dos, la Inglaterra y su hija, felizmente emancipada, la union de la América del Norte, la primera, en su presupuesto de ingresos de 1853, que ascendia á 53 millones y pico de libras esterlinas, las contribuciones de que tratamos entraban á cubrirle con mas de 35 millones, ó sea por un 65 por 100; en los Estados-Unidos la proporcion es mayor todavía, el presupuesto cerrado en 1852, sumaba 60 millones de duros, y el producto de las contribuciones indirectas de consumos, en el mismo año, subió á 47, es decir, á 78 por 100, y si del guarismo total de ingresos se rebaja un sobrante de 10 millones de duros del ejercicio del año anterior, sube entonces á 94 por 100.

Imitemoslos nosotros, recurramos á las aduanas, á la reforma de nuestros aranceles, y allí encontraremos sin agiovar al pobre, antes al contrario, favoreciéndole ampliamente, recursos abundantes para cubrir el déficit que ha dejado en nuestro presupuesto la supresion de una contribucion inícu, percibida á costa de grandes sacrificios por parte del erario público, y servida por un ejército de odiosos publicanos. Imitemoslos, y sin aumentar un juncionario público, sin pedir á los pueblos mas de lo que hoy se les exige fomentando á la vez todas las industrias, el centenar de millones que hoy deja un vacío lamenta-

ble en nuestro tesoro, reaparecerá en él como por encanto y notablemente acrecido.

La reforma está hecha. En sí misma es inatacable. Acerca de su oportunidad ya nos hemos explicado en otro artículo calificándola de estemporánea, y por consecuencia inconveniente en los momentos en que se votó; pero una vez realizada no hay que pensar mas en ella. Fuerzas vitales dormidas, por falta de buena administracion, existen en el país: avivense y la riqueza despertará con ellas, y el tesoro recibirá por otros canales los veneros que se le han legado con la abolicion de los consumos.

Al copiar en nuestro número de antes de ayer un artículo de *Las Novedades* que definia exactamente, á nuestro juicio, la crisis lamentable que atravesamos; dijimos que sus opiniones no parecerian dudosas por la afinidad que se le supone con alguno de los altos personajes de la situacion.

Nuestro colega, interpretando la intencion de las palabras que hemos subrayado, se cree en el caso de rectificarlas, como con el debido miramiento lo hace en su número del día anterior para consignar que no existe tal afinidad, y que, sean las que fueren las relaciones que su director y redactores tengan con este ó el otro ministro, pues se honran con la amistad de varios, son puramente personales y privadas, y que por lo tanto no influyen en el periódico; que los elementos de vida con que este cuenta y el carácter de los individuos de su redaccion garantizan su independencia, sin que reciban inspiraciones ni contribuyan á la realizacion de los intentos de nadie, pues que detras de *Las Novedades* no hay ninguna persona influyente é irresponsable.

Nada estubo mas lejos de nuestro ánimo que poner en duda en ningún concepto la independencia del citado periódico; pero constándonos las relaciones particulares de su director con alguno de los hombres de la situacion, pudimos creer que ellas influirían un tanto, lo cual es de comprender para detener su censura, cuya circunstancia daba á esta mas autoridad. Por lo demas, *Las Novedades* se hallarán en el mismo caso que *El Occidente*, detras del cual no hay tampoco personas irresponsables ni de mas influencia que la que tenga personalmente cada uno de los que toman parte en los trabajos de su redaccion. El director de este periódico lo tiene consignado muy terminantemente, y satisfará siempre con la verdad á quien interese saber el nombre del autor de cualquiera de los artículos que publicamos.

Segun nos avisan de Toledo reina una grande agitacion en la parte montañosa de la provincia principalmente. Se habla sin la menor reserva de un alzamiento montemolinista, y parece que se cuenta para llevarlo á cabo con armas y dinero. Viendo esto á la seguridad con que afirmaba ayer un periódico de la tarde la entrada en España del Conde de Montemolin, de su hermano D. Juan y de Cabrera, puede conjeturarse que la gravedad de la situacion de que nos hablaba el gobierno consistia principalmente en la resolucion del partido absolutista de encender de nuevo la guerra civil.

Con este motivo nos creemos en el caso de intercalar al gobierno para que abandonando ya una reserva inconveniente, nos diga lo que sepa y pueda decirse acerca del importante y trascendental acontecimiento.

FOLLETIN.

LA PALOMA Y LOS HALCONES,

leyenda original.

D. Antonio de Trueba.

Corría el último tercio del siglo XII.

El puerto de Bilbao, erigido en villa algunos años después, solo contaba entonces una iglesia, algunas casas mezquinas, habitadas por marineros y pescadores, y varias torres dispersas á una y otra orilla del Ibaizabal. Las torres eran otras tantas fortalezas, pocos menos que inexpugnables, ocupadas por los linajes de Leguizamon, de Basurto, de Ochoa, de Sanchez de Barrodo y otros no menos poderosos.

Aquellos linajes, divididos por lo comun en dos bandos, estaban casi siempre en guerra, cuyos estragos se extendian por todo el señorío de Vizcaya, y particularmente por las Encartaciones, donde los banderizos tenían poderosos aliados.

Así pues, aquel angosto valle que, como dice uno de sus ilustres hijos, parecía destinado por la naturaleza al recreo del hombre, por la salubridad de su atmósfera, por el perpetuo verdor de sus colinas, por sus copiosas y cristalinas aguas, por las producciones de su suelo, por su abundante y sabrosa pesca, y sobre todo por su situacion topográfica y marítima; aquel valle repetidamente era continuo teatro de sangrientas luchas, originadas las mas veces por un pie de terreno, por un árbol ó por interés mas insignificante aun.

En la época á que nos referimos, era cabeza de uno de los bandos Lope Sanchez de Barrodo, señor de Bortedo, y del otro D. Juan de Leguizamon, si bien hacia algun tiempo que no se hostilizaban visible-

mente, merced á la intervencion amistosa del señor de Vizcaya D. Diego Lopez de Haro, denominado el Bueno. Sin embargo, se miraban con desconfianza y estaban prevenidos para hacer entablar sus profundos resentimientos, no bien se les presentase ocasion para ello.

Lopez Sanchez de Barrodo contaba á la sazón cincuenta años. Huérfano desde muy tierna edad, habia carecido de un alma recta y severa que guiase la suya, de una voluntad enérgica que refrenase sus caprichos, estimulados por la riqueza y el ocio. Al cumplir los treinta años, contrajo matrimonio con una dama principal de Bilbao, la que consiguió dulcificar algun tanto su carácter voluntarioso, áspero, casi salvaje. Habiendo envidiado cinco años después, quedole por única sucesion una hija destinada por la Providencia á completar la obra comenzada por la que le concibió en sus entrañas. Suacha, que así se llamaba la hija de Lope, absorbió muy pronto todo el amor de que el corazón de su padre era capaz. Tres lustros contaba en la época á que aludimos, y era dechado de hermosura y de virtud. Su mano era un manual de consejos para los pobres y desvalidos, y si sus días no eran una continua ovacion por parte de los aldeanos cuyos miserias averiguaba y socorría prodigamente por medio de sus criados, era porque su padre la recataba cuidadosamente en su palacio, ayuso de aquel tesoro, que para él era de mas valor que todos los tesoros del mundo. Jamás el corazón de un padre ha abrigado amor tan intenso como el que abrigaba el corazón de Lope Sanchez. Aquel hombre tan activo para con todos, era el humilde esclavo de una niña: la voluntad de su hija era la suya; lloraba si Suacha lloraba, reía si Suacha reía, su hija era su gloria, su riqueza, su ídolo. Para enemistarse eternamente con Lope, bastaba solicitar la mano de su hija, y no era otro el motivo porque odiaba á muchos nobles del señorío, y particularmente á don Juan de Leguizamon, que si bien no habia solicitado directamente la mano de Suacha, suspiraba por ella hacia tiempo, lo cual no ignoraba Lope.

El amor que este tenía á su hija, siendo como era una especie de adoracion fanática, degeneraba en egoísmo y

crudelidad como todos los fanatismos. Cien vidas hubiera perdido Lope antes que mancillar su honra con actos que desdijesen de su hidalguia, tratándose de otra cuestion; pero tratándose de la mano de su hija, todo le parecia lícito para vengarse del que la solicitaba.

II.

CADAGUA ARRIBA.

Era una mañana del mes de junio, y muchas gentes se encaminaban hacia el delicioso valle de Salcedo, llamado mas tarde Zalla, donde aquel día se celebraba una romería á la que concurrían gentes de todo el señorío de Vizcaya.

Don Juan de Leguizamon y otros caballeros de su bando salieron de Bilbao al amanecer y se dirigieron tambien á Salcedo, departiendo alegremente todos menos don Juan que caminaba triste y callado.

Un proverbio vulgar dice que cada casa tiene un Judas. Si esta regla es estensiva á los linajes, preciso será que conveganos en que don Juan es el Judas del novísimo linaje de Leguizamon, que tan cumplidos caballeros ha producido en todos tiempos y aun producen en nuestros días, á los que el señorío, ¿no me diréis que proviene vuestra tristeza? La mañana es hermosa, estas riberas del Cadagua son un paraíso y vamos á una fiesta donde esperamos solazarnos á maravilla. ¿Qué falta á nuestro contento, don Juan? A mi entender nada falta.

—Por el alma de mi abuela que esté en gloria, decía uno de los que acompañaban á Leguizamon, que vos don Juan de algun tiempo áca os habeis hecho el mas uraño de todo el señorío, ¿no me diréis de qué proviene vuestra tristeza? La mañana es hermosa, estas riberas del Cadagua son un paraíso y vamos á una fiesta donde esperamos solazarnos á maravilla. ¿Qué falta á nuestro contento, don Juan? A mi entender nada falta.

—¿Pluguiera á Dios que así fuese, don Pedro! contestó Leguizamon dando un suspiro muy hondo.

—Voto á brios! exclamó otro caballero, que sois desmemoriado si los hay, el de Ayala. ¿No sabéis que don Juan está enamorado de la hija del de Barrodo?

—Ciertamente, no me acordaba; pero eso es motivo mas para que se alegre, porque hoy va á tener la dicha que no tendríamos nosotros?

—No os entiendo, dijo don Juan.

—Pues es simple cosa entenderme, contestó don Inigo de Ochoa, sabiendo como sabéis, que vais á ver en la romería á la doncella por quien suspiráis.

—¿Qué decis, don Inigo? exclamó Leguizamon, en cuyo rostro se pintaron á la vez la ansiedad y la alegría.

—Lo que oís, don Juan, y cierto que me admir vuestra ignorancia en lo que tanto os atañe. Ya sabéis que ha pocos meses estubo Suacha gravemente enferma; pues bien, entonces hizo voto de asistir hoy al santuario de Salcedo, y no dudéis que lo cumplirá.

—¿Y quién os ha dado tan buenas nuevas? que buenas son para mí.

—Martin el escudero del de Bortedo hállas dado al mío; ¿no es verdad, Bautista?

—Ciertamente, contestó el escudero de D. Inigo, que seguía el hilo de la conversacion de los caballeros. Topé ayer á Martin en la venta de Begoña bebiendo con otros servidores de don Lope, y como le preguntara:—Martin, ¿qué hay por esa maldita hutonera de tu amo? me prometió decir verdad en cuanto supiera y fuere preguntado, si le pagaba un jarro de zumaque. Paguélelo de buen grado, porque curiosos son por lo escasas las nuevas de lo que pasa en la torre de Lope Sanchez, y supe lo que mi señor ha dicho.

—Mucho temo que el de Bortedo no consienta á su hija ir en romería, teniendo como la tiene siempre encerrada en aquella torre maldita donde apenas penetra nadie.

—Si consintiera, D. Juan, porque Lope Sanchez, como sabéis, no tiene mas voluntad que la de su hija, y por cuanto hay en el mundo no querrá Suacha dejar de cumplir su voto siendo tan cristiana como todos sabemos es.

—Mi corazón se regocija y se alegra de la vez ante la idea de verla, pues verla es amarla mas y mas y cuanto mas la ame mucho peor para mí, porque mi amor es un amor sin esperanza.

—Ira de Mahoma, cuán otro os vais tomando de poco tiempo áca, replicó D. Inigo. ¿Por qué no habeis de abrigar esperanzas de casar con la hija del de Barrodo?

—Siendo rico y noble como sois, y no siendo ella ninguna hija de emperador.

—Es locura esperar obtener la mano de Suacha, porque ni al mismo rey de Castilla y Leon se la dió Lope Sanchez. Y si no, ya veis lo que han adelantado todos los que se la han pedido.

—Haced que Suacha os ame, y dejad que se enoje su padre, que ya le amará la doncella, porque os lo repito, Lope Sanchez no tiene mas voluntad que la de su hija.

—Si su hija le pidiera otra cosa, no dudo que se la concediera, mas no así si le pide su consentimiento para mudar de estado; además que si poco esperó de Lope, no espero mucho mas de su hija, pues dos ó tres veces que tuve ocasion de hablar con ella, oyó mis palabras con desden, y me amenazó con quejarse á su padre de mi osadía.

—Pues no dudéis que desde entonces acá ha padecido mucho en su encierro, y querrá hallar quien la redima de la cautividad en que gime. Si tenéis ocasion de hablar hoy con ella, aconsejados que lo hagais, que ella se rendirá al ver vuestra constancia y vuestro valor, pues amándola arrostrará las iras de su padre.

—Me decid á seguir vuestro consejo, don Inigo. Plégue á Dios que se separe de su padre un momento en el campo, en la ermita, en cualquier parte. Hablaré con ella, y el amor que la tengo prestará fuego y persuasión á mis palabras.

Hablando así, entraron mistros romeros en el valle de Salcedo, al cual aflúan gentes por todas partes, todas alegres y bulliciosas, porque las campanas y el tamboril resonaban en una arboleda situada al pie de las montañas del Mediodía y á través de cuyo espeso ramaje se alzaba el campanario de una ermita. Descabalaron al pie de la colina, donde esta se hallaba, junto á una venta, delante de la que se alzaban unos corpulentos castaños, y se encaminaron á pie hacia el santuario, dejando las cabalgaduras al cuidado de los escuderos, que á corto rato desocupaban sendos jarros de vino, habiendo arrendado aquellas á los troncos de los árboles.

(Se continuará.)

Copiamos de El Clamor de ayer:

Las diferentes parcialidades que forman la Asamblea constituyente, se han ido agrupando y reuniendo hasta formar cuatro legiones parlamentarias, que operando casi siempre con entera independencia unas de otras, rara vez forman un ejército unido y disciplinado.

La de la unión liberal, que se reúne ahora en la casa donde celebraban sus juntas los honrados ganaderos de la Mesta, ha trocado su nombre por el de *Círculo liberal*. Parece que no hay entre sus individuos gran identidad de miras.

La parcialidad de los independientes ha recibido nuevo bautismo, y se ha confirmado con el nombre de *Justo medio*. Es fama que sus filas han disminuido considerablemente desde que el Sr. Aveilla pasó como un meteorito por la subsecretaría de Hacienda.

Los progresistas puros forman una asociación titulada *Círculo de la calle de Alcalá*, con su correspondiente reglamento. Según noticias, el objeto del referido círculo es impulsar por medio del debate la acción parlamentaria de los diputados inscritos, con el fin de llevar al gobierno los principios de *progreso práctico continuo*. Esta es la falange más numerosa y la que cuenta en su seno individuos de mayores bríos.

Por último, la fracción democrática, que se reúne no sabemos dónde, trucea contra todo lo existente y profesa el principio de que debe renoverse *de fondo en fondo* el centro y hasta la superficie de nuestro edificio social.

Existencia es que siendo todos los representantes hijos de una misma madre, habiendo venido todos a la Asamblea por la voluntad nacional, no acierten, sin embargo, de sus buenos deseos, a resolver de una vez el problema de marchar unidos como hermanos, afirmando su propia gloria con la ventura de España.

Copiamos de un periódico de ayer:

Se nos ha dicho que ha llegado a manos del señor Lázaro una información hecha por varios españoles residentes en Méjico, en la cual constan los fundados motivos de queja que tienen contra nuestro representante en aquella República, el señor Lozano. Parece que los acreedores españoles, a quienes cuesta mucho trabajo y sacrificios obtener el lento reintegro de sus débitos, tienen en Méjico un apoderado que gestiona y activa los asuntos de sus comitentes con el gobierno de aquella República. Su elección es, como no puede menos de ser, peculiar y atributiva de los acreedores, a quienes exclusivamente corresponde este derecho. Como garantía y seguridad de los poderes que le han confiado, tiene prestada una fianza de cuatro millones de reales. Ahora bien; el señor Lozano, despojándose, acaso sin percibirse de ello, de su carácter oficial y diplomático, ha reunido a los acreedores españoles y pretende ser su apoderado. He aquí el motivo de la queja.

Por nuestra parte no comprendemos el empeño del señor Lozano, ni hallamos conforme su deseo con el elevado carácter de que se encuentra investido. Sin poder en duda su moralidad ni su celo, puesto que no tenemos el honor de conocerle, parecemos que se aviene muy mal y está en completo desacuerdo la dignidad de un ministro plenipotenciario con las gestiones interesadas de un agente particular. Ni aun para el consuelo creíamos adecuada semejante comisión y el decoro de la nación exige, ó que el señor Lozano abandone sus pretensiones ó que el gobierno le reemplace. No queremos para España diplomáticos y agentes de negocios a la vez.

Con motivo de las graves cuestiones políticas y económicas que preocupan al ministerio, han circulado y circulan noticias de una crisis próxima. Aunque nada tiene de inverosímil, creemos que por el momento no sufrirá modificación el gabinete. La cuestión de orden público, intimamente enlazada con la de subsistencia, y la cuestión de Hacienda, son la verdadera piedra de toque donde los individuos del Gabinete deben ensayar sus respectivas fuerzas.

Según noticias, gestiónase activamente para que el señor Olózaga admita una enmienda a su voto particular sobre la formación del futuro Senado, en virtud de la cual se convertiría este en un cuerpo misto, compuesto por mitad de legisladores vitalicios e individuos de origen y nombramiento popular.

A las noticias poco satisfactorias que se reciben de algunas provincias, y al disgusto que producen las vacilaciones del Gabinete, se atribuye el pensamiento de un número bastante crecido de diputados, quienes parecen tratar de significar en la primera oportunidad el disgusto con que ven la conducta del ministerio.

Leemos en el Iris de España:

Podrá decirnos el señor ministro de la Gobernación, ó el de la Guerra, si saben con qué objeto se han reunido en una casa de Elorrio (provincia de Vizcaya), el día 10 del corriente varios sujetos, que después de haber estado reunidos toda la noche, tres de ellos, y bien montados, partieron a la madrugada en dirección a distintos puntos?

Sabemos que los individuos de la comisión que ha informado sobre la incompatibilidad de los diputados para obtener cargos públicos, se hallan resueltos a retirar el artículo 4.º de su dictamen, en que se exige que aquellos que reúnen en el día el doble carácter de funcionarios del gobierno y legisladores, dejen de percibir su sueldo desde que se separen de sus puestos oficiales hasta que vuelvan a ocuparlos.

El correo de Andalucía que recibimos a las dos trae la noticia de haber terminado en Málaga con el mayor orden el desarme de la mitad de su Milicia, que se reorganizará sobre la base de los batallones que han permanecido fieles a su deber.

Leemos en un periódico:

Sabemos que la junta de beneficencia acudió ayer al señor ministro de Hacienda en demanda de socorros. Ignoramos si su escelencia pudo facilitarlos.

Dice el León Español de anoche:

Sabemos, con referencia a un alto personaje de la situación, que es cierta la entrada en España del conde de Montemolín, de su hermano don Juan y del general Cabrera. Los partes recibidos de las autoridades todos lo confirman.

Sin embargo, el gobierno no se atreve a dar esta

noticia de oficio hasta recibir partes en que se den por identificadas las personas.

También dice el mismo periódico:

«Ayer y antes de ayer se han adoptado precauciones militares por temerse serios trastornos. Durante las altas horas de ambas noches se han hecho muchas, muchísimas prisiones; pasan quizás, según nos han asegurado, de ciento cincuenta. Parece que en muchas casas se ha encontrado dinero, que algunos suponen de la misma procedencia del que con tanta abundancia corrió el día 28 de agosto.

«Asegúrase que los carlistas trabajan para que Montemolín abdique en favor de su hermano bajo el nombre de Juan III.

Hoy a las diez se reúne el jurado en la sala del tribunal correccional de esta corte para ver un artículo inserto en la *Hoja de las Barricadas*, y denunciado por el ministerio público. El defensor será el diputado de la extrema izquierda Sr. Ferrer y Garcés.

CORTES.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

Presidencia del Sr. D. Pascual Madoz.

Extrado oficial de la sesión celebrada el 19 de enero de 1855.

Abierta a la una, se leyó el acta de la anterior, y dijo el Sr. CODORNIU: En la *Gaceta* de hoy se pone en mis libros una equivocación que debo deshacer. Cuando contesté al señor Llanos, respecto al reglamento de excepciones del servicio militar, creí que S. S. trataba del cuadro de la primera clase, y por eso dije que no tenía sino 100 ó 102 artículos; pero parece que el señor Llanos se refería a todo el reglamento, y por eso desocho que conste así, para que no se me atribuya una equivocación respecto a la mitad de los artículos.

El Sr. PRESIDENTE: Constará; pero el señor Codorniu comprenderá que esto no tiene relación con el acta.

El Sr. AVELLO: En la votación nominal de ayer, relativa a la enmienda del señor Bayarri, en que proponía se hiciera el reparto de la quinta sobre la base de la Contribución y no sobre la de los mozos sorteados, voté aprobando la enmienda, y como mi nombre no resulta en el acta ni en los periódicos, desocho que conste.

El Sr. PRESIDENTE: Constará en el *Diario de las Sesiones*.

Sin mas observaciones quedó aprobada el acta. Pasaron a la comisión de actas 35 pliegos remitidos por el señor ministro de la Gobernación, los cuales contenían las de las elecciones para llenar las vacantes de diputados a Cortes en varios distritos pertenecientes a las provincias de los Balears, Cádiz, Canarias, Málaga, Pontevedra, Sevilla y Valencia.

Las Cortes quedaron enteradas:

1.º De dos exposiciones de los ayuntamientos y varios vecinos de Cubillas y Verdú en la provincia de Palencia, felicitando a las mismas por la abolición de los consumos y contribuciones de puertas, y suplicándolas que desechen el proyecto de ley de 25,000 hombres para el reemplazo del ejército.

2.º De otras exposiciones suscritas por varios vecinos y ayuntamientos de Ubeda, Castiello de Olvido, Alba de Serrato, Cerrato, Valle de Serrato, Villavieja, Hermedes y Reus, pidiendo la abolición de dicho proyecto de ley de quintas.

3.º De otra exposición del ayuntamiento de Villareal, en la provincia de Castellón, felicitando a la Asamblea por la supresión de las contribuciones de puertas y consumos.

Pasó a la comisión de Constitución una proposición de los Sres. Gateu, Orensé, Pomés y otros diputados, pidiendo se declarasen como bases constitucionales la libertad de imprenta sin depósito ni editor responsable; la libertad de asociación; la libertad de reunión pacífica; la libertad de enseñanza; el juicio por jurados en lo civil y criminal; el sufragio universal, y la unidad de fueros.

El Sr. ESCALANTE: Pido la palabra para hacer una pregunta al señor ministro de Hacienda.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S.

El Sr. ESCALANTE: Deseo saber si el señor ministro de Hacienda está dispuesto a contestar a la interpección que tengo anunciada.

El Sr. ministro de HACIENDA: Estoy dispuesto.

El Sr. ESCALANTE: Al dirigir a mi digno amigo el señor ministro de Hacienda, la interpección que van a oír las Cortes y que no es de manera alguna hostil al gobierno de S. M., siento en el alma verme obligado a citar ciertas fechas y ciertas épocas, una desastrosa y funestísima, otra arto triste también. Sin embargo, lo verificaré brevemente, y estoy seguro de que los señores diputados apreciarán en lo que valga la parsimonia y templanza con que voy a expresarme.

Para formar juicio del gobierno que sustituyó al constitucional, basta el simple recuerdo de aquella famosa disposición en que se mandó expresamente que se olvidara por completo el tiempo que había regido en España el sistema representativo. La perturbación que llevó a todas las carreras del Estado tan estólida tiranía, es inútil que se enumere. Fué, pues, uno de los primeros actos del gobierno de S. M. la reina gobernadora, el de reparar en lo posible los terribles perjuicios inferidos a todos los empleados que habían quedado cesantes en dicho año, reconociéndoles, como de servicio efectivo, los de la horrosa década, disposición que aprobó el Estamento de procuradores del 45, en la ley de presupuestos de 1854. Vino el año de 46, y con el gobierno legítimo del entonces Regente del reino, su embrión todos los empleados que, por un sentimiento de deber, de lealtad y de consecuencia, prefirieron la desgracia propia y la de sus familias, al bienestar y a la fortuna.

Poco previos los que entraron entonces en el mando, los dejaron a todos perecer por el decreto de 31 de julio. No retrataré el cuadro horroroso, a la par que heroico, que han presentado, en los últimos once años, la mayor parte de esos hombres virtuosos. Mercedados por el hambre, por una constante y sangrienta persecución, han hallado, por fin, algunos de los que han sobrevivido, en el señor ministro de la Guerra actual, la justicia que años atrás se les negó.

Olvídada, al parecer, la clase civil, siempre condenada a sacar de estas contiendas la peor parte, algunos de sus individuos, tuvieron la dignación de encargarme que presentara una instancia al señor presidente del gabinete, en la cual, pedían se les abonasen los expresados once años, a los que habían cesado en el de 1845, y que hasta el día no habían vuelto a ser empleados. Esta solicitud acogida con esquisita benevolencia por el señor duque de la Victoria, tengo entendido que pasó al ministerio de Hacienda, y después a la dirección de lo contencioso y a la junta de clases pasivas. Deseo, pues, que el señor ministro de Hacienda, si lo cree conveniente, tenga la bondad de decirme el estado en que se halla el negocio a que me refiero, y concluyo repitiendo, que en esta interpección ningún interés personal tengo, además de que ya cuento con suficientes años de servicio para el máximo de mis derechos pasivos.

El Sr. ministro de HACIENDA: Hay en efecto esa instancia que dice el Sr. Escalante; instancia muy anterior a la época en que yo entré en el ministerio, y que ha seguido los trámites que S. S. ha dicho. La junta es de opinión que desde luego deban sacarse esos años de los 14 años, excepto a aquellos que en ese intermedio hayan solicitado y obtenido de los gobiernos respectivos ocupaciones ó colo-

cación. Yo por mi parte, y con estos datos he encargado la formación de un proyecto de ley que en su día traeré para que sea aprobado por las Cortes.

El Sr. ESCALANTE: Doy las gracias al señor ministro de Hacienda por el patriotismo y la justicia con que ha sabido proceder en esta ocasión.

El Sr. GAMINDE: Me he acercado al señor ministro de Hacienda para explicar la interpección que tengo anunciada al Sr. Collado desde el 28 de diciembre último. El objeto de mi interpección es grave; versa acerca de la deuda flotante. El señor ministro de Hacienda actual sabe que se instituyó una comisión, a la cual perteneció S. S., y a la que yo tuve el honor de corresponder, no para investigar el origen de la deuda sino para averiguar su cifra.

Averiguada que fué, estableció la comisión la cifra de 707 millones de reales, habiéndola antes fijado el señor ministro de Hacienda actual en 585 millones. En el preámbulo que precedió al informe que sobre la deuda flotante dió la comisión, a que repito perteneció S. S. y el que ahora tiene la honra de hablar al Congreso, se decía clara y terminantemente en la *Gaceta* de 28 de agosto de 1854: «Que por causa del sistema establecido en las oficinas no era posible averiguar exactamente la cantidad (notese bien esto), por causa del sistema seguido.» Mi objeto, pues, al dirigir esta interpección al señor ministro de Hacienda, es preguntarle si en el tiempo que ha estado al frente del ministerio ha averiguado la cifra exacta de la deuda; igualmente que el origen de ella.

Uno de los legados más funestos que nos han dejado las administraciones pasadas es la deuda flotante. Me temo que los ministerios de Hacienda que se han sucedido desde el 30 de julio, hayan tomado la deuda flotante como moneda buena, dando así a cambio de pesetas falsas, pesetas buenas, y yo quiero evitarlo. En vista de la grande inmoralidad que había en los ministerios pasados, inmoralidad que promovió el pronunciamiento uniforme del país, tengo motivos para temer que en esa deuda flotante ha habido sapos y culebras; por consiguiente, aunque sería muy justo que la nación los pague, no lo será menos que la responsabilidad recaiga sobre quien haya renovado esos valores.

Este es el objeto de mi interpección, y ahora voy a tomarme la libertad de dirigir al señor ministro de Hacienda algunas preguntas. S. S. sabe que por la ley de 5 de agosto de 1854, refiriéndose a los presupuestos, se fijaba la deuda flotante en 500 millones. Según el cálculo firmado por S. S. y por el que tiene la honra de hablar al Congreso subía a 707 millones; por consiguiente resulta desde ahora fuera de la ley la cantidad de 207 millones. Este es un asunto de mucha gravedad, y del cual me ocuparé otro día, pero hechas estas aclaraciones voy a someter a la bondad del señor ministro de Hacienda las siguientes preguntas:

«Ha averiguado el señor ministro de Hacienda la cifra exacta de la deuda flotante? «Ha investigado el origen ó la procedencia de las diferentes partidas que componen esta deuda?

«A cómo se ha contratado la deuda, y cuál es el interés que la nación paga por ella? «Hago también esta pregunta porque en los presupuestos presentados el 18 de diciembre, se señala la cantidad mínima, cantidad que no basta, ni de ninguna manera puede bastar, de 56 millones para la deuda flotante, cantidad que aun al 6 por 100 no bastaría a cubrir los 585 millones, mucho menos habiendo costado esa deuda el 9 y 10 por 100.

«A cuánto asciende la deuda flotante de Ultramar? «Se ha hecho desde el 30 de julio último renovación parcial ó total de las letras y pagarés a favor del banco y particulares comprendidos en la deuda flotante en dicho día?

«Insiste el señor ministro de Hacienda en llevar a efecto la conversión de la deuda flotante en los términos propuestos por el Sr. Collado en el proyecto de 18 de diciembre, es decir, creando títulos del 3 por 100 como equivalente de aquella?

Estas son las preguntas que yo venía a hacer al señor ministro de Hacienda. Porque el asunto, como conoce S. S., es de suma gravedad; porque la nación no debe cargarse con pagar lo que otro debe; ó si tiene que pagar a los que han tenido la candidez de tomar esas letras, entonces habrá que exigir la responsabilidad a los ministros que hayan hecho esa renovación: ruego a S. S. que tenga la bondad de contestar a estas preguntas, que tendré el honor de entregarle.

El señor ministro de HACIENDA: La observación que S. S. ha hecho de sí con arreglo a la ley de la época que S. S. ha fijado debían ser 500 y tantos millones para la deuda flotante, y ahora nos encontramos con 700 y tantos, es exacta; pero tiene una contestación muy sencilla, y es la de que cada año se cargan en los presupuestos los arbitrios que se han de tomar.

Dice S. S.: ¿cómo nos encontramos ahora con esa baja en la deuda flotante? Por una razón muy sencilla; porque las obligaciones de la deuda flotante, unas eran los descubiertos, y otras por diferentes conceptos. Allí se aprobó todo, y dijimos: lo que se debe es esto, por mas que no se llamase todo deuda flotante, puesto que los descubiertos todavía no se habían incluido en ella, porque no estaba aun formada. De ahí resulta que todos los meses es distinto el guarismo de la deuda flotante, porque las cosas existen por sí, aunque sin nombre, hasta que no tienen aplicación. Cuando ese descubierta se aplique a la deuda flotante, se llama deuda flotante. Para probar al Sr. Gaminde lo que digo, voy a leer un documento que tengo aquí. (S. S. leyó un estado de la deuda).

Resulta, pues, que la deuda flotante ha bajado a esa cifra de 29 millones y tantos mil reales.

Como se rozan tanto esas obligaciones que se dice estaban representadas en los presupuestos con lo que el Sr. Gaminde manifestó el otro día, y con razón, acerca de ese descubierta, en el fondo de instituciones; y para que se pueda comprender de dónde proceden esas cantidades, también voy a leer este documento (leyó).

Pregunta el Sr. Gaminde de dónde nace la deuda flotante. Nace de anticipaciones hechas por varias personas, tanto particulares como comerciantes, y especialmente de las primeras. Al tratarse de cómo ha de convertirse esa deuda, buen cuidado habrá en saber su origen.

Que a cómo se ha contratado esta deuda y qué interés paga. Empezó el año 47, y han sido varios los tipos a que se ha hecho, pues han subido ó bajado en proporción a la mayor ó menor importancia de la operación.

Que a cuánto asciende la deuda flotante de Ultramar. Esta deuda se halla involucrada con esta otra; y aunque no se presenta por separado, lo mismo son ambas, y el mismo deber hay de pagarlas.

Que si se ha hecho desde 30 de julio renovación parcial de intereses en favor del Banco y de los particulares. Indudablemente desde 30 de julio algo se ha hecho; pero en prueba de que ha sido poco ó nada, diré que en vez de aumentarse, ha disminuido 29 millones.

Que si insiste el ministro en llevar a efecto la conversión de la deuda flotante. En el fondo esto es de acuerdo con lo propuesto por mí antecesor; pero creo conveniente buscar otro medio en vez del 8 por 100 que se impone. Yo quería que se hubiese tratado de todo esto en la comisión de presupuestos, a fin de acordar lo que fuera oportuno, para que el gobierno tuviera recursos, pues cuando acude a esas personas para que le presten auxilio, constatan que no tienen medios porque los han invertido en la deuda flotante.

En resumen, estoy conforme con el pensamiento de mi antecesor, si bien haciendo algunas modificaciones. Cuando esta cuestión venga al Congreso, entonces tanto el Sr. Gaminde como los demás señores diputados, podrán hacer cuantas observaciones les sugiera su celo.

El Sr. GAMINDE: Aplazo la contestación para otro día, puesto que no me ha satisfecho el señor ministro.

El Sr. PRESIDENTE: Queda aplazada. Se va a dar cuenta de una proposición que se ha presentado a la mesa. Léase dicha proposición y decía así:

«Convenidos los diputados que suscriben de que entre

la mayoría de las Cortes constituyentes y el gobierno de S. M., no existe la unidad de miras que es indispensable para labrar la felicidad del país.

Considerando que el gabinete, a pesar de sus parciales modificaciones, ha seguido y sigue una marcha incierta, vacilante, y poco en armonía con los deseos del pueblo, expresados con la revolución de Julio, dando margen a un estado de lamentable desconfianza, y a una crisis cada día mas peligrosa y difícil de dominar, tienen el honor de proponer a las Cortes el acuerdo siguiente:

Sin embargo de que todos, y cada uno de los señores que constituyen el actual gabinete, están adornados de suficientes cualidades para ser calificados de buenos patriotas, y sin perjuicio de la ilimitada confianza que inspira en la actualidad, y para el porvenir el señor Duque de la Victoria como base de un gobierno popular, las Cortes declaran que el actual ministerio no reúne las condiciones indispensables para continuar con utilidad del país al frente de los negocios públicos.

Palacio de las Cortes 19 de enero de 1855.—Alvaro Gil Sanz.—Santiago Alonso Cordero.—Mariano de Vargas Alcaide.—Juan Antonio Seoane.—Pedro Calvo Asensio.—Carlos Godínez de Paz.—José Higuero de Arriaga.

El Señor Duque de la VICTORIA, (presidente del consejo de ministros): Señores, la proposición que acaba de leerse, da un voto de censura al gabinete que tengo el honor de presidir, pero me separa de ese voto de censura, y yo con la franqueza que acostumbro, voy a manifestar que en esto se me hace un agravio, y se me hace un agravio, señores, porque quiere darse a entender que no tengo voluntad propia y vive Dios que la tengo y la tendré siempre. (Bien, muy bien).

De todos los actos del ministerio, de todos, sin excluir ninguno, son responsables todos los ministros, y muy particularmente el que los preside. (Aprobación).

Las inspiraciones del ministerio han sido mis inspiraciones; yo he convenido en ellas con las que nos han de poner en el camino por donde ha de llegar mi patria a su libertad y a su ventura. He dicho individualmente mi pensamiento a todos mis competidores; desde el parvulillo hasta el decrepito, todos han oído mis aspiraciones; las sabe todo el país, las sabe todo el mundo, las saben muy particularmente todos los señores diputados. Pues bien, estas aspiraciones mías las saben también mis compañeros. Yo les presenté mi pensamiento, lo han seguido estrictamente según su opinión, según mi voluntad, porque repito que la tengo muy propia, y en tal concepto, señores, si el gobierno ha faltado, si se ha separado de los principios que ha debido seguir, todos los ministros han faltado, y el primero su presidente. (Muy bien).

El pensamiento que me ha animado siempre, y que tantas veces tengo anunciado, es en la situación en que estamos, seguir por el camino del progreso, y seguirlo con paso firme y decidido sin estacionarnos ni retroceder jamás.

Para conseguir esto es necesario que haya patriotismo en todos los españoles, que haya energía en el gobierno, y que si alguno se separa de la ley a la cual me abraza voy siempre, caiga sobre él su cuehilla. Atendidas estas consideraciones, espero que no se tome en consideración la proposición que acaba de leerse.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Quién defiende la proposición?

El Sr. SEOANE: Pido la palabra como uno de sus autores.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Es S. S. el encargado de defenderla?

El Sr. SEOANE: Voy a hacer una manifestación por lo que a mí toca.

Varios señores: No, no.

El Sr. PRESIDENTE: Sirvase S. S. decir lo que estime conveniente.

El Sr. SEOANE: Estoy acostumbrado hace mucho tiempo a reconocer como jefe de mi partido al ilustre duque de la Victoria; por su causa he padecido, y he caído, y he arrojado la adversidad, con la dignidad que la han sufrido otros. Después de las palabras que el señor Duque acaba de pronunciarme, por lo que a mí toca retiro mi firma de la proposición.

Los Sres. FIGUERAS, FELJÓ, SOTOMAYOR y ORDAX: Yo pongo la mia.

El Sr. PRESIDENTE: Retirada la firma del Sr. Seoane, queda la proposición con solo seis, y si no hay mas no puede seguirse adelante.

El Sr. SANGHO: Pido que se lea la proposición. (Se leyó).

El Sr. CALVO ASENSIO: Señores, si como hombre honrado no tuviera la conciencia de mi propio deber, cuando echo un compromiso sobre mi hombro, me hubiera sentido después que ha concluido de hablar el ilustre duque de la Victoria, y hubiera dejado al Congreso resolver lo que creyera mas conveniente acerca de esta proposición, sin necesidad de que nadie se esforzase en exponer las razones que han tenido sus firmantes para presentarla.

Cuando esta mañana he llegado al Congreso, no tenía noticia de semejante proposición, y cuando después se me ha indicado su idea, la he creído noble, grande y patriótica, y he asociado mi firma con gusto, y lo digo con orgullo, no me arrepiento; después de haber oído la persuasiva voz del señor duque de la Victoria.

(Bien, bien, aprobación entre los señores diputados).

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Calvo Asensio, suplico a S. S. me permita hacer una advertencia. La discusión debe ser grave, y deseo que ni arriba ni abajo haya demostraciones de aprobación ó desaprobación, lo mismo respecto a lo que digan los señores ministros, que a lo que digan los señores diputados.

El Sr. ORENSÉ: Creo que eso está permitido en todos los parlamentos.

El Sr. PRESIDENTE: S. S. no tiene permiso para hablar porque no se le ha dado. Continúe V. S., Sr. Calvo Asensio.

El señor CALVO ASENSIO: Al adherirme al pensamiento que dictó la proposición, tuve conciencia de lo que hacía, y ahora aun he improvisadamente, tengo el deber de sentar las razones, y no me retiraré como avergonzado de mi propósito, pues me siento con mas valor para sostenerla, después de haber oído hablar al señor duque de la Victoria, de quien he sido y soy admirador y entusiasta. Yo he dicho el primero que en uno de los periódicos que se publican en esta corte, invocó su nombre como necesario para sobreponerse a las circunstancias que nos rodeaban cuando aun el gabinete del conde de San Luis dominaba el país, y se acercaba la nación. Este pensamiento que después fué acogido favorablemente por el público, que fué indicado también por S. M. don Isabel II, antes que el ministerio de 17 de julio se lo marcara, como dijo aquí el señor Ríos Rosas en una sesión: este pensamiento que llegó a ser un sentimiento nacional, se vio afortunadamente cumplido; este nombre que invocó el pueblo español y acogió la Reina altísimamente, este nombre se reconoció como único, como el necesario, como el salvador en tan terribles circunstancias. Yo reconozco el patriotismo, y la lealtad también de los señores ministros que el ilustre duque de la Victoria ha asociado a sí para que dirijan los respectivos ministerios: pero conozco también la agitación sorda que germina en Madrid, la que existe en la nación entera, reconozco también que impaciencia es la que se apodera de todo el mundo, cómo se esperan las discusiones de esta cámara, y cómo se esperan también los actos del poder.

¿Qué es lo que pasa hoy en Madrid, señores diputados? ¿Qué se dice? ¿Qué agitación febril hay en todos los pechos? Se dice, la Cámara no hace nada; el gobierno se estaciona. ¿Y por qué la Cámara no hace nada? ¿Y por qué el gobierno se estaciona? Nosotros hemos oído las palabras elocuentes y santas siempre que el ilustre duque de la Victoria pronunció aquí. Sabemos todos cuáles son su lealtad, su decisión, y yo soy el primero en reconocerlo así, y tengo orgullo en decirlo, sin que pueda creerse que muevan mis labios ni la adulación ni la lisonja.

Pero hemos llegado a una época extraordinaria: las facciones, por un lado, se dice que se presentan; por otro se habla de los trabajos reaccionarios de la fracción llamada *polaca*; y el gobierno, tal vez, tenga noticia de esa fracción no se da cuenta. Las exageraciones de hombres que, acaso tienen ideas extraordinarias también, perjudican a la situación actual. Yo hablo como persona perteneciente al partido progresista, que no quiere ir mas allá del progreso legítimo; que no quiere lo que se puede considerar como utopías; y creo, por fin, que la práctica de ciertas aspiraciones democráticas, sería la muerte del partido liberal; porque sobre no ser esas las ideas del país, tengo la creencia de que el que anda a brincos y en terreno no seguro, es lo natural que caiga pronto. Pues bien, en estas circunstancias, y después de seis meses que hace que se consumó la revolución, ¿qué reformas se han introducido para dar satisfacción a los deseos nacionales, y para que el país pueda reconocer por ellas la marcha liberal que vamos a seguir? ¿Y por qué esto? Digámoslo con franqueza. Yo he admitido la Unión liberal desde el principio. Con toda la sinceridad de mi corazón comprendí desde su primer día esta Unión, habiendo una fusión de ideas, y admitiendo todos un principio común.

Pero no comprendí, ni comprendo, ni comprenderé: nunca la Unión liberal, llevando cada uno sus ideas adelante y marchando de un modo que dé por resultado consecuencias diferentes. Si la Unión liberal se hubiera hecho bajo el credo político del partido moderado, el partido progresista que hubiera entrado en esta fusión habría tenido que renunciar a sus antiguas doctrinas y aceptar las del otro partido.

Yo admito y reconozco la nobleza y elevados sentimientos de ciertos hombres del partido moderado, y los respeto como se merecen. Pero para que una situación sea desahogada y no se esponga de continuo a los balances que días hace experimenta la que arrostramos, es preciso que haya franqueza y que cada cual diga lo que significa y lo que quiere, y que este ejemplo lo dé el gobierno, marcando su posición y marchando por la línea que rigurosamente debe seguir.

¿Es posible en circunstancias revolucionarias que haya seis ó siete hombres notables aislados, que siendo cada uno muy digno, muy a propósito para un gobierno que tenga la marcha fija y en relación con sus ideas, que reunidos todos formen un centro del cual no podrá salir otro resultado que esa incertidumbre, ese marasmo que reina en el ánimo público, transmitido por esa falta de unidad que se adivina en el ministerio?

Estamos abocados tal vez, según las voces que circulan por Madrid, a que a la puerta del Congreso se nos venga a decir: ¿Qué hacéis, señores diputados? ¿Qué se ha hecho de la reforma económica, única sobre la cual puede sentarse la reforma política en España?

El señor duque de Sevillano nos dijo que tenía un pensamiento económico cuando entró en el ministerio: han transcurrido días y días; yo tuve una complacencia en admitir aquella idea; yo tuve una complacencia en dar treguas y decir a la parte de lectores que se sirven leer el periódico que dirijo: esperad, el duque de Sevillano tiene un pensamiento y lo va a realizar, ¿pero es tiempo ya de esperar, señores? ¿Qué se ha hecho en todos estos días, que son años en épocas formososas? ¿Qué se ha hecho, repito, de la reforma económica, que siendo la base de la reforma política, es esencial para asegurar el régimen liberal en España?

Hace tiempo que la nación estaba deseando tener un poco de ensanche, un poco de campo para las ideas liberales, para que la desamortización eclesiástica y civil se llevase a cabo, para que la riqueza pública se aumentara y tuviese mas elementos de prosperidad en el país; ¿qué se ha hecho, y qué se ha dicho por el gobierno en esta parte después de seis meses que hace que está apoderado de la situación actual? En las circunstancias críticas en que nos encontramos, ¿es posible que esta nación pueda salir de sus pesados ahogos con negociar un empréstito de 50 ó 60 millones para las urgencias mas apremiantes, sin hacer la reforma grande que ha de asegurar el orden, que tranquilice los ánimos inquietos, que no haga retroceder los capitales y pueda presentar por lo menos en lo futuro un porvenir de seguridad, y un camión poderoso para que la libertad no vuelva a peligrar en nuestra patria?

Se ha dicho aquí: negoció al gobierno los medios de gobernar. Esto es una aserción inexacta. Qué hizo la Cámara cuando se presentó aquí la cuestión del empréstito de los 40 millones que se necesitaban para cubrir el déficit que dejaba la supresión del impuesto sobre consumos? ¿Qué se ha hecho ayer y en estos tres días cuando ha manifestado la Cámara tanta impaciencia por dar al gobierno la fuerza que necesitaba para combatir las facciones de todos colores y asegurar el orden público, haciendo ineficaces los medios de que puedan valerse los enemigos de la situación? ¿Qué se hará el día en que se discuta el proyecto presentado por el señor ministro de la Gobernación, para la reforma de los telegrafos y el establecimiento de una vía de líneas eléctricas generales que crucen todo el país? ¿Habrá alguien que niegue los recursos al gobierno para esto? ¿Habrá alguien que niegue al señor ministro de Gracia y Justicia, su apoyo cuando llegue el caso de presentar el proyecto sobre desamortización eclesiástica y reforma del concordato? Nadie seguramente; podrá tratarse de introducir mejoras en el proyecto, de discutir el modo mas beneficioso de hacerlo, ¿pero quién negará su apoyo? Todo el mundo sabe que lo que se necesita es asegurar la situación, y tener un gobierno que gobierne liberal y energicamente; no un gobierno que mande como los antiguos de triste memoria; pero tampoco un gobierno que se consuma en la inacción y en la inercia.

En este estado, señores, invitados de un pensamiento patriótico hemos tenido la honra de presentar a la Cámara esa proposición, y yo he tenido inconveniente en apoyarla a instancia de varios señores diputados, porque desde el momento en que se presentaba a apoyarla una persona sin significación política, no podía decirse que estaba inspirada por un pensamiento ambicioso, por una mira especulativa, merquina, porque una persona nueva, sin antecedentes de importancia no puede aspirar mas que a decir la verdad tal como siente, y de esta manera cree servir a su país. Pues bien, señores, hoy que la Cámara está reunida en su mayoría, hoy que se sirve prestarme tanta atención, cuando le toca decidir si vamos a tener una crisis diaria, ó si vamos a tener un pensamiento uniforme en ese gobierno. Los que suscriben la proposición, lejos de tener odio antipático, ni prevención personal a los señores ministros, les aprecian y conocen todos los títulos que tienen a la estimación pública, todas las consideraciones que les son debidas, y en el mismo preámbulo se stampa y reconoce todo esto; pero es preciso que den explicaciones satisfactorias acerca de la marcha y del pensamiento político y económico del gobierno: si las dieran, los firmantes de la proposición no tendrían inconveniente en este caso en retirarla; si así no fuera, yo, aunque me quedara solo, no la retiraría, porque aunque mucho mucho en el patriotismo de todos los señores que componen el gabinete, no creo que puedan producirse resultados satisfactorios en la marcha gubernamental, cuando no hay cohesión de miras ni de pensamiento entre los gobernantes.

Se dice, señores, que la situación es progresista; esto lo reconocen todos, hasta nuestros adversarios, pero por sus defectos no se manifiesta así. Se repite muchas veces, cuando se llama la atención

ni el Sr. Figueras ni se sentaron en estos puestos. Es que tenemos un excelente insumo de personal, es que tenemos ciento y pico de batallones, y nos sobran además 500 y tantos de comandantes. ¿Y qué he de hacer yo con eso? Podrían colocarse, ¡ojala! que pudiera darselos! Esos me más ardiente deseo. Yo dije ayer con motivo de las quintas, que todo lo que va en favor del ejército, el ministro de la Guerra lo acepta con los brazos abiertos.

Lo mismo que sucede en el ministerio de la Guerra sucede en todos los demás ramos de la administración; esa es la realidad que yo conozco y deploro, pero a la que yo voy fieramente.

Nos ha dicho el señor Calvo Asensio: «El gobierno no tiene pensamiento; no hay homogeneidad; cada ministro piensa una cosa distinta». El señor Calvo Asensio y los que con él han firmado la proposición, saben bien que el ministerio, y, francamente, en los consejos de ministros que celebramos todos los días en casa de nuestro digno presidente, nunca he visto esa desavenencia de opiniones; nunca he visto que hubiésemos pensado de esa manera.

Señores, se debate aquí otra cuestión de progresistas y moderados; pero yo declaro que no soy ni progresista ni moderado; soy liberal y soy liberal. Creo que mientras, en nuestra patria todos los hombres no se lleguen a conocer de que es preciso formar un nuevo partido, si este se ha de salvar, sin embargo de que dice el señor Arce que la libertad nunca muere, se eclipsa en intervalos más o menos largos.

Yo soy liberal y tengo una situación especial en España. Yo no soy ligado con ningún partido, y digo que no lo he estado, porque yo no he tomado parte, y habré sido escusado; pero el resultado es que durante los 14 años no he tenido más asuntos que dos: uno en ultramar y otro en la patria. Yo he ejercido durante 46 meses en los 18 meses puros por condición para desempeñar el cargo de inspector, que yo había de colocar a los gefes por sus servicios, y solo por eso, no por sus opiniones políticas, eso lo cumplí; eso lo hice, y lo hice en aquella situación en que era más difícil el hacerlo que hoy.

Voy a concluir, porque no quiero cansar más al Congreso. Yo he dicho que ese gobierno era temido. Señores, el 28 de agosto manifestaron los ministros, y principalmente el Sr. Figueras, que si no me ha acusado de eso, es la primera vez que semejante falta se me echa en cara; nosotros no somos temidos, y si la tempestad arrecia, si las pañones se desencadenan, el día del combate, nosotros en primera fila estaríamos como lo hemos estado siempre, y con la ley en la mano, o sosteniéndolos la libertad o pereceríamos como estuvimos resueltos a perecer el 28 de agosto.

Ruego pues al Congreso de los diputados que no tome en consideración la proposición que se acaba de presentar, no porque el gobierno tema la discusión, sino porque en las circunstancias actuales, señores, es preciso que la Cámara demuestre si tiene o no confianza en el ministerio; si no la tiene, retirarsemos y vengamos otros a ocupar nuestro puesto; si la tiene decididos francamente y desde luego, porque solo así les como podemos gobernar el país. Si yo quisiera solo los sentimientos de mi corazón, si no mirara más que mi interés hoy, yo rogaria por el contrario a la Cámara que diese el voto de censura que pide la proposición.

El Sr. CALVO ASENSIO: He pedido la palabra no solo para rectificar, sino para aclarar ciertas cosas que se conocen no he explicado bien cuando el señor O'Donnell no las ha entendido.

Empiezo, señores, por decir que estoy siempre deseando aprender, y que busco con ansia los hombres que me pueden enseñar en mi marcha política. Tengo el sentimiento de decir que la manera como se ha presentado la proposición y el modo mismo de combatirla, no ha sido lo más conveniente ni lo que correspondía.

Yo no he sido ni podía ser agresivo, como lo ha dado a entender equivocadamente el Sr. O'Donnell. Soy franco, presento mi idea, pero sin hacer ataques a las personas; el diputado que tiene la honra de hablar en este instante, conserva demasiada modestia, como la tienen todos los que han firmado la proposición; pero al ver en su pecho aspiraciones como las que ha creído atribuirle Sr. S. Cuando yo llegué al Congreso hace pocos instantes se me dijo, ¿está Vd. conforme con este pensamiento? Si señor, ¿tiene Vd. inconveniente en firmar esta proposición? No señor. La firmé, señores, ni siquiera me detuve a leerla, por la confianza que me inspiraba la persona que me había dicho esto; y habiendo visto después entre las firmas la de una persona que es abiertamente republicana, quise retirar mi firma, porque no se diese una interpretación torcida al pensamiento de la proposición. Se escribió de nuevo, se retiraron aquellas firmas, a pesar de que se me dijo que el pensamiento de la proposición partía única y exclusivamente del progresista, y que aquellas firmas no tenían otra idea que la de formar al lado de los que tal proposición presentaban, sin aspiraciones de ningún género.

El motivo de estar asociado al Sr. Figueras en esta cuestión lo ha presenciado el Congreso, y no tengo necesidad de explicarlo.

Se trata de aprobar o desaprobar la conducta del ministerio, y acerca de eso lo mismo pueden juzgar los partidos extremos que los medios, por lo tanto, nada tenía de extraño, aunque no hubiese sido tan escrupuloso, que mi firma estuviese unida a la del Sr. Figueras o a la de cualquiera de sus apreciables compañeros.

En lo demás, señores, yo no soy republicano, ni lo he dicho nunca; si lo fuere lo diría, porque yo no soy vergonzante en política; y así como creo que sería una calamidad para nuestro país el volver ahora a la época reaccionaria que por tantos años nos ha afligido, no sé si sería menos la de entregarnos hoy a la práctica de las ideas republicanas.

En cuanto a que haya personas que tiran la piedra y retiran la mano, como dice el señor O'Donnell, me hará la justicia de creer que, por lo menos a sabiendas, no soy de los que sirven de instrumentos; digo más, no pienso servir nunca; en lo que yo firmo, yo responderé de ello, y cuando tenga convicción, si de mis convicciones alguno sea partido, no será más la culpa, yo pondré mi firma en todo aquello que crea deberla poner, cumpliendo con mis deberes de hombre público.

Como las Cortes actuales no están organizadas por medio de disciplina o subordinación, no puedo decir al señor O'Donnell si los que se presentan en la proposición, son el mismo partido; si tal lo hubiese creído yo que no me concepto sino una individualidad que solo se representa a sí misma, no hubiera accedido a que mi nombre hubiese aparecido en la proposición, porque ni por mi carácter, ni por mis aspiraciones soy dado a forjarme sueños de vanidad, ni de medros personales en la carrera política, ni creo tampoco que tenga semejantes aspiraciones las demás señores que se han suscrito conmigo la proposición.

En cuanto a lo que ha dicho el Sr. O'Donnell de que él es liberal, y no progresista ni moderado, yo creo que en la situación en que estamos el ser alguna cosa es una necesidad. Yo también he dicho antes de ahora que debí formarme un partido nuevo; pero para eso se necesitaba un programa claro y explícito. No basta decir cosas liberales, es indispensable precisar las cuestiones, y la cuestión planteada, la cuestión de actualidad, necesita ese mismo programa, preciso y concreto, para que podamos saber la marcha que se propone seguir el gobierno: así como se forman las Cortes, así como puede formarse un partido nuevo que abraza el partido liberal sin dudar ni compromisos antiguos.

En cuanto a que haya progresistas y moderados, ya que no crea un partido nuevo, es imposible de formar, tengo el sentimiento de pensar de diferente manera que el señor O'Donnell; yo creo que los partidos cuando están bien organizados, cuando combaten con lealtad, hacen bien a la causa pública, porque en esos combates legales, el día que

un partido vence en buena lid al partido contrario, lleva su pensamiento al gobierno del país y lo pone en práctica con beneficio del mismo; cuando se discute exponiendo cada partido los principios que le han de servir de norte en la gobernación del Estado, no es un mal que haya progresistas y moderados, es un bien que un partido restituya a otro aceptando el principio liberal en que hubiera de marchar.

Por lo demás, yo he creído que todos los que se habían asociado a la unión liberal, habían tomado por base el credo político del partido progresista, así me lo hicieron creer antes de las elecciones, pero después he visto que aquello era un medio, no un fin. Desde entonces cada cual ha ido por su camino y con sus ideas, yo sigo creyendo que admitiendo el principio de la unión liberal, de seguir este debe ser bajo la bandera del partido progresista, con su credo político. No es esto decir que yo intente violentar a los que no quieren pertenecer a esa bandera; yo respeto la buena fe de todos, cada cual cree que la senda que sigue es la mejor.

El Sr. O'Donnell ha dicho cosas que sin duda son contestación a otros ataques, porque yo no he dado acasion a ellos, a menos que no haya yo sabido explicarlos, que S. S. no me haya comprendido. Ha supuesto S. S. haber dicho yo que el gobierno era temido. Yo no pronuncié esa palabra, la pronunció el señor ministro de Estado, que dijo era preciso andar con timidez en ciertas circunstancias.

En cuanto a lo del 28 de agosto, yo tuve la honra de ser de los primeros que llegaron al cuartel de Nacionales aunque estaba enfermo, y ocupé mi puesto para contribuir a asegurar la tranquilidad pública; por consiguiente cumplí con mi deber como los que estaban en la de S. S., cumplieron con el suyo. He dicho.

El Sr. O'DONNELL, ministro de la Guerra. No creo haber dicho ninguna palabra inconveniente, si la hubiera dicho, rogaria se me marcara, porque no ha sido mi intención decirlo.

No creo haber ofendido al Sr. Calvo Asensio con decir lo que se hace en todos los gobiernos parlamentarios. Esa teoría constitucional será un absurdo para S. S., pero según ella, para derribar un gobierno se necesitan dos cosas: primera, personas que le han de sustituir; segunda, principios con los cuales van a gobernar. Si estoy equivocado, si es una eresia política, lo siento, lo siento, pero esto dependerá del modo de apreciar las cuestiones.

Nos ha hablado S. S. de creencias políticas. Al ministro de la Guerra no hay que pedirle esas. Tengo un manifiesto firmado en Manzanera, y este manifiesto y la proclama que el ilustre duque de la Victoria dió en Zaragoza, han sido las bases de la revolución de julio. No voy más adelante, me voy atrás, ni adelanto más, no retrocedo, porque no es ese mi carácter, y yo no retrocedo; porque me va la cabeza en ello.

El señor CALVO ASENSIO: En vista de las explicaciones del gabinete, desearia saber si los compañeros que han firmado la proposición estaban en la idea de retirarla o no.

Varios señores: que se vote, que se vote.

El señor PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor ministro de Estado.

El señor ministro de ESTADO: No voy a decir más que das. Me importa mucho decir que se ha abusado de una palabra dicha por mí, que no es a propósito para el fin que se aplica. Esta palabra es «continuar con timidez». Yo lo rechazo: vicio soy, y me sobra valor civil para arrostrar toda clase de sacrificios; cuando he formado la resolución conveniente de hacer el bien de mi país, de la palabra «timidez», he podido usar en el sentido de prudencia, cuando se aplicase a la manera de resolver ciertas cuestiones delicadas; pero timidez en el sentido que se ha querido aplicar, ni la tengo, ni la tienen mis compañeros, cuando se trata de cumplir con nuestro deber.

El Sr. RIOS ROSAS: Señor Presidente, he pedido la palabra para una alusión personal, y espero que V. S. me la conceda.

El Sr. PRESIDENTE: Yo no tengo ningún inconveniente en dar a V. S. y a los que la piden la palabra para alusiones, pero anuncio que si se separan de la alusión no les permitiré continuar.

El Sr. RIOS ROSAS: Voy a usar brevemente la palabra sin necesidad de que el señor presidente me haga esos anuncios anteriores, porque no he dado motivo nunca a ellos.

Aceptar que los haga siempre que se dirija a cualquiera otro señor diputado porque use de sus facultades; si son en cuanto al uso de sus facultades, el Congreso juzgará, así como del uso que hace de ellas respecto a determinadas personas.

El Sr. PRESIDENTE: Al Congreso apelo.

El Sr. RIOS ROSAS: A ese juicio impelable nos sometemos todos.

Voy a decir muy pocas palabras, y voy a decirlos sobre un motivo sumamente grave, y voy a decirlos por un derecho incoercible. No hallándose yo en el salón, el señor diputado que ha sostenido la proposición que está pendiente parece que ha sentido una objeción respecto de un acto del gobierno que tuvo la honra de formar parte. Ese aserción en los términos que se ha sentido, según estoy informado, es inexacta, y yo tengo el derecho y el deber de rectificarla, como he rectificado en otras ocasiones otras aserciones inexactas de S. S., que tiene la desgracia de incurrir en frecuentes inexactitudes sobre la conducta, y sobre los actos de aquel gobierno, y como tiene la desgracia o la fortuna, que no sé si es fortuna o desgracia, de ocuparse mucho de aquel gobierno, en lo cual le respeto el derecho y no le envidio el gusto, S. S. ha establecido una aserción inexacta. Ha dicho que yo hice aquí una declaración de que aquel gobierno había tomado la iniciativa para aconsejar a S. M. el llamamiento del actual señor presidente del Consejo de ministros (varios señores: no, no ha dicho eso) para enorgullirse de la gobernación del Estado. (Muchos señores: no, no, no) Se ha dicho esto, la aserción es inexacta.

Interrupciones. Voces, voces: No lo ha dicho, no lo ha dicho.

El Sr. PRESIDENTE: Si S. S. lo permite, el señor Calvo Asensio reproducirá lo que ha dicho antes.

El Sr. RIOS ROSAS: No tengo inconveniente.

El Sr. CALVO ASENSIO: Yo siento mucho que después de los días que han transcurrido en los cuales habré podido leer el Sr. Rios Rosas en el Diario las palabras que yo pronuncié, y después de haber arrojado con el tino que sabe hacerlo S. S. sobre mi la nota de inexacta, haya incurrido S. S. en el desgraciado error de la Cámara, que a voz en grito le dice la enorme inexactitud que acaba de cometer, dando lugar con ello a que las Cortes en pleno, hayan tenido necesidad de revelar que estaba en un error, o como S. S. dice, que ha cometido una inexactitud; esto probará que si yo pudiera haberme equivocado, que estoy sujeto a errores no de intención; si yo en efecto hubiera cometido alguna inexactitud, S. S. en este libro de ellas cuando intentara evitarlas. Ahora le diré lo que yo asenté: fue que había nacido de S. M. la indicación de llamar al señor duque de la Victoria, esta dije, y esto repito, porque creo que mis oídos no han sido infieles, y no deben haberlo sido, puesto que las Cortes lo tienen presente y en su diario constará lo mismo que afirmo. Si a esto se refiere tendré el gusto de que queda satisfecho S. S., pues estoy dispuesto a satisfacerle cumplidamente en todas ocasiones.

El Sr. RIOS ROSAS: Cuando he llegado a este lugar me ha dicho que había hecho S. S. una declaración contraria a la que ahora hace (fuertes murmullos) ¿tiene algo de extraño, señores que de una materia tan grave ocupe al Congreso cuando se le ha ocupado de otras que no lo son tanto? ¿No hay aquí muchos diputados que han creído oír la aserción en los términos que la he expuesto? (El Sr. Calvo Asensio que lo diga.) No es una cuestión de mucha importancia bajo el aspecto político, bajo el aspecto histórico y aun bajo el aspecto de la propia responsabilidad y delicadeza?

El Sr. FIGUERAS: He pedido la palabra para una alusión personal. He sido aludido varias veces por el señor general O'Donnell, y debo contestar. He sido aludido como persona y como partido.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene V. S. razón y está en el uso de la palabra.

El Sr. FIGUERAS: El Sr. O'Donnell ha tratado de sacar partido de estar mi firma al pie de la proposición originada de este debate. El Congreso sabe cómo he puesto la firma; ha sido un acto de compañerismo para apoyar a la fracción que ha presentado la proposición, lo que he hecho, y lo debo decir aquí muy alto, sin haber tenido para nada en cuenta al partido democrático, ni haberle consultado siquiera. Cuando el Sr. Seoane retiró su firma de la proposición, se levantaron varios señores, y yo, entre ellos, así de estos bancos como de aquellos, y si mi firma está ahí, es porque tuve la suerte de llegar antes. Y mi firma, señores, significa menos que ninguna. ¿Por qué? Porque nosotros no podemos tener ninguna especie de ideas de sustituir al ministerio; es mi opinión individual; pero creo que también es la de todos mis compañeros. (Varios señores de la izquierda: la de todos, la de todos.) Nosotros no solo no podemos ser ministros de don Isabel II., pero ni podemos obtener el más mínimo destino. Si tal hicieramos, como republicanos, creeríamos ser desleales a nuestros principios. (Muy bien.)

El Sr. O'Donnell, además, ha hecho un cargo personal a los firmantes de la proposición, diciendo que ponemos en peor estado al duque de la Victoria que a los demás ministros; este cargo, como toda arma mal esgrimida, se dobla al peso de la acusación, y cae sobre el pecho del que la esgrime. Esta distinción no somos nosotros, ha sido el Sr. Lázaro quien la ha hecho. Cuando se presentó aquí con su programa, dijo: «Señores, en cuestiones de principios está todo unido; pero las personas que han de ejecutar estos principios pueden merecer más o menos las simpatías de la Asamblea». Esto nos ha dicho el Sr. Lázaro el otro día, y ahora, al menor asomo de peligro para el gabinete, dicen los ministros: «Nuestra causa es común, y hacéis un agravio al duque de la Victoria en suponer otra cosa...» Yo digo, Sr. O'Donnell, que esto es coacción.

El señor ministro de la GUERRA: Señores, me ocurrió el nombre del señor Figueras, porque a pesar de que no sean ciertamente sus ideas las que yo profeso, es una persona a quien aprecio particularmente; pero podía haber citado al señor Arriaga que si mi memoria no me es infiel, votó contra la monarquía. Pero voy a lo dicho por el señor Figueras.

S. S. ha sacado partido con el talento que le distingue de una cosa que dijo el otro día el señor ministro de Estado, que no tiene relación con la proposición de censura que se ha presentado. Ruego al Sr. Presidente tenga la bondad de mandar leer la parte del preámbulo de la proposición de que ahora se trata (Se leyó).

Debo decir a S. S. que si viniese lanzada una acusación contra cualquiera de los ministros por un hecho especial cometido en lo que se refiere a mi cartera, tendría razón, pero este es un voto completo de censura sobre todos los actos y por consiguiente, entra en la política, que el que la representa el presidente del Consejo de ministros en todos los gobiernos, en todos el presidente del Consejo es el que representa la política del gabinete; de otra manera es rebajarle, y yo no rebajaría jamás al ilustre duque de la Victoria, que está en una posición tan elevada.

Yo dije entonces, y repito hoy, que habiéndose espontánea en S. M. la indicación de llamar al Duque de la Victoria, que la iniciativa ha partido de S. M., esto dije entonces, esto repito ahora, y esta es la verdad de los hechos.

El Sr. PRESIDENTE: Queda terminado este incidente.

El Sr. Batllés tiene la palabra.

(Muestras de impaciencia, rumores.)

El Sr. PRESIDENTE: Los que quieren que se conceda la palabra para alusiones, que sufran las consecuencias.

El Sr. BATILLES: Sr. Presidente, la renuncio.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene el Sr. Vargas Alcalde.

El Sr. FELIPE SOTOMAYOR: Si se abre discusión la he pedido desde un principio.

El Sr. PRESIDENTE: No está abierta discusión, y no he anotado las palabras que se han pedido, porque no he debido anotárselas. El Sr. Vargas Alcalde la tiene ahora para decir si sostiene la firma o la retira.

El Sr. VARGAS ALCALDE: Hay horas supremas para el hombre en que debe ser muy sobrio de palabras, hay momentos solemnes...

El Sr. PRESIDENTE: Sr. Vargas pocas palabras, pues solo se debe V. S. limitar a decir si sostiene su firma o si la retira.

El Sr. VARGAS ALCALDE: (Desde la tribuna a donde sabe para hacerse oír.) Señores, antes de todo yo suplicaría a la Cámara que tuviera la bondad de oírme con un poco de silencio, porque aunque mi genio es grande, mi pulmón bastante padecido. Señores, hay horas supremas para el hombre en que debe ser muy sobrio en sus palabras, hay momentos solemnes para una Asamblea constituyente en que la elocuencia mayor está en un acto súbito, pronto, vigoroso para desarrajar un pensamiento de salvación o de conciliación. Por esto, y por la rigidez del reglamento, deberé ser muy conciso. Yo he sido uno de los firmantes de la proposición, y diré más, porque nunca me vuelvo atrás de lo que hago, yo soy el autor de la proposición, yo soy el autor del pensamiento, yo, y cuenta que habrá muy pocos que hayan hecho más sacrificios por el Duque de la Victoria.

Los que conocen mis antecedentes saben hasta qué punto he llevado la idolatría política por el dignísimo presidente del Consejo. En este caso, señores, se ha dicho aquí que los que firmamos la proposición teníamos aspiraciones al ministerio. Cabelmente se ha hecho todo lo posible para que no se pueda suponer.

Cabelmente se buscaron personas que no tuviésemos por ahora aspiraciones al ministerio. Habrá alguna persona más notable encargada de sostener la proposición, y por esa indicación parlamentaria que ha hecho el señor ministro de la Guerra, y para evitar interpretaciones siniestras, se han buscado para firmar las personas que aunque podemos competir con otras, de público se conoce que no tenemos aspiraciones a ser ministros.

La cuestión ha venido como la Cámara ha visto, y en este caso, habiendo dicho el señor duque de la Victoria que respalde de la situación liberal, habiendo dicho que respalde de la tranquilidad, y habiendo dicho el señor ministro de Estado que hay cohesión en el pensamiento del gobierno, cohesión liberal y progresista, que es lo que yo quiero, en este caso por mi parte he dicho, debe retirarse la proposición: creo que mis compañeros, menos el señor Figueras, que es el que ha sustituido la firma del señor Seoane, están conformes en retirarla. Si en efecto lo están, yo la retiraré.

El Sr. GODINEZ DE PAZ: Godínez de Paz no la ha retirado.

Muchos señores: A votar, a votar.

El Sr. FIGUERAS: El señor O'Donnell no ha probado nada contra lo que ha dicho. El señor Lázaro dijo, no individualizando la cuestión, sino hablando en general del ministerio: «esta es cuestión de simpatías; nosotros no cedemos en lealtad a nadie, para llevar a cabo el pensamiento de un gobierno económico y político del gabinete, pero puede ser que la Cámara no crea que somos los más a propósito para este objeto; en tal caso a una leve indicación de la Cámara, caeremos o no creará el ilustre caudillo que nos preside, caerá si se aceptan los principios políticos del programa, pero respecto del modo de llevarlo a efecto en entididad es enteramente separable; y ahora que se formula explícitamente que este ministerio no merece la confianza de la Cámara, se nos dice que hacemos un manifiesto agravio al duque de la Victoria, esto es, señor O'Donnell una coacción.

Varias voces: a la votación, a la votación.

Otros: que sea nominal.

Los señores ministros dejan sus asientos y salen del salón.

El Sr. PRESIDENTE: No puede haber votación nominal ni ordinaria: la proposición no tiene siete firmas, y por consiguiente queda terminado este asunto. (Voces, no, no a votar.)

Venimos, señores: ¿señor Gil Sanz, retira V. S. la firma? El Sr. GIL SANZ: No.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Sr. Alonso Cordero, retira V. S. su firma? El Sr. ALONSO CORDERO: No.

El Sr. PRESIDENTE: La del señor Vargas está retirada. ¿Sr. Godínez de Paz, retira V. S. la suya? El Sr. GODINEZ DE PAZ: No.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Sr. Calvo Asensio, retira V. S. la suya? El Sr. CALVO ASENSIO: No.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Sr. Arriaga, retira V. S. la suya? El Sr. ARRIAGA: No.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Y el señor Figueras, retira la suya? El Sr. FIGUERAS: No.

El Sr. PRESIDENTE: No hay más que seis firmas.

Varios señores se apresuran a ir a la mesa a firmar.

El Sr. PRESIDENTE: Ahora se procede a la votación nominal.

En este intermedio el señor Vargas Alcalde se aproximó a la mesa a manifestar al señor Presidente que en el estado en que se hallaba la cuestión no retiraba su firma.

Verificada la votación nominal, resultó desechada la proposición por 138 votos contra 69, en la forma siguiente.

Señores que dijeron no.

Huelves.	San Miguel.
Varga de Armiño.	Martín.
Alfonso Romero.	Navarro Zamorano.
Gueñ.	Zafra.
Sánchez.	Lorente.
Sagasti.	Gutiérrez Ceballos.
Ribot.	Pita.
Escurra.	Velo.
Lopez Grado.	Lopez Infante.
Codoniu.	Ustáriz.
Yañez (don Manuel Salillas).	Cuenca.
Yañez (don Matias).	Aznar.
Puente Andrés.	Alonso Martínez.
Concha.	Pérez (don Tomás).
Cuervo.	Mendez Vigo.
Carballo.	Leon y Medina.
Abedillo.	Peña.
Campo.	Montesinos.
Blanco.	Tasara.
García (D. Sebastian).	Castanieda.
Zorrilla.	Orejero.
Dulce.	Sin.
Torreilla.	Ugarte.
Sánchez del Arco.	Jiñera.
Excoque.	Romero.
Olea.	Montero.
Vitoria de Lecea.	Olan.
Udeta.	Pérez (D. Ramon).
Motilla.	Osoño (D. José Ramon).
Rios Rosas.	Gállego.
Marqués de Perales.	Marqués del Reino.
Serrano Bedoya.	Gómez de la Mata.
Porto.	Carvansa.
Manos Diez.	Vera.
Rosique.	Escalante.
Conde de Ust.	Valenzuela.
Leonés.	Falcon.
Echague.	Jimenez.
Norato.	Galvez Cañero.
Mollinedo.	Sr. Presidente.
Total.	138.

Señores que dijeron sí.

Aguilar.	García (D. Manuel Vicente).
Carreras.	Arriaga.
Cuervo y Manrique.	Gil Sanz.
Gil Virseda.	Juan don Mariano.
Herreros.	Baxin.
Salmeron.	Lopez Pinilla.
Lahorra.	Gonzalez Alegre.
Marugan.	Degollada.
Alcalá Zamora.	Francisco.
Varga.	Mazadas.
Lovit.	Vallera.
Alonso.	Garrido.
Moreno Barrera.	Feijó.
Rubio Caparrós.	Fernandez del Castillo.
Codina.	Sorri.
Moncasi.	Torre (D. Juan).
Nobis.	Rivero.
Sorba.	Somoza (D. Ramon).
Llorens.	Navarro (D. Alonso).
Villapadierna.	Sandoval.
Acededo.	Allegre.
Macía Castelo.	Bayarri (D. Pedro).
Navarro (D. Fulgencio).	Alfonso.
Sánchez Silva.	Dotes.
Amorit.	Latorre (D. Carlos).
Godínez de Paz.	Orens.
Amado.	Ordaz.
Chao.	Pomés.
Bertemati.	Figueras.
Batllés.	Fernandez Gid.
Gutiérrez Solana.	Ferrer y García.
Pereira.	Gatell.
García Ruiz.	Total.
	69.

Entrándose en la orden del día fué aprobado sin discusión el dictamen de la comisión de actas que en la sesión anterior había quedado sobre la mesa siendo admitido como diputado Don José Ferriol.

Leído el dictamen del nombramiento de una comisión de siete señores diputados que han de evaluar la información parlamentaria relativa al estado de contabilidad de Hacienda pública, fué aprobado también sin discusión, acordándose que pasase a las secciones para los efectos convenientes.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: Discusión sobre la proposición relativa a la no obtención de empleos ni gracias del gobierno por parte de los diputados, e inmediatamente después la de bases de la constitución. Se levanta la sesión.

Eran las cinco.

CRÓNICA DE MADRID.

Neurología.—El día 4 del presente mes falleció en Dresde la Excm. señora doña Clementina Boullig de Pizarro, viuda del Excm. Sr. D. José Pizarro, ministro de Estado que fué, y madre del conocido diplomático D. José Pizarro, actual ministro residente de España cerca del Rey de Sajonia. Las muchas personas que frecuentaron al trato amable y delicado de esta señora, deplorarán amargamente su pérdida, que hace más dolorosa la consideración de haber ocurrido lejos del suelo en que tantos beneficios y gratos recuerdos ha dejado.

No hace mucho que la prensa pagó un justo tributo ocu-

pidose de la muerte inesperada de uno de los hijos de esta señora, individuo de los más dignos y distinguidos por su talento y laboriosidad del cuerpo del Estado, a or del ejército, arrebatado en la flor de su vida del seno de su familia y numerosos amigos. Este terrible accidente conmovió hondamente como era de temer la existencia de tan cariñosa madre.

Al poco tiempo de su llegada a Dresde se sintió acometida de una violenta enfermedad que unida a la melancolía que la dominaba por sus tristes recuerdos, la condujo al sepulcro.

Su memoria será siempre cara, y su pérdida irreparable para su familia y amigos, aunque puede servirles de un gran consuelo la consideración de que un alma tan angelical, virtuosa y caritativa, ha de ocupar su lugar en la mansión de los justos.

OBSERVACIONES METEOROLÓGICAS DE AYER.

EPOCAS.	TERMOMETRO.			BAROMETRO.	VIENTOS.
	REANUM.	CENTIGRADO.	BAROMETRO.		
7 de la mañ.	4 1/2 b. 0.	5 3/4 b. 0.	26 p. 1 1/2 l. N. E.		
12 del día.	1 1/4 b. 0.	4 1/2 b. 0.	26 p. 1 1/4 l. N. E.		
5 de la tarde.	2 3/4 b. 0.	5 1/2 b. 0.	26 p. 1 1/2 l. N. E.		

EFEMERIDES ASTRONÓMICAS DE HOY.

Es el día 20 del año y el 30 del invierno.

Sol. Salíó a las 7 horas y 8 minutos. Se pone a las 4 horas y 52 minutos.

El día dura 9 h. y 34 m. La noche 14 h. y 16 m.

Luna. 2 de su edad. Aparece a las 9 horas y 4 minutos de la mañana. Pasa por el meridiano a las 2 horas y 26 m. de la tarde, retondo 55 m. Se oculta a las 7 horas y 35 minutos de la noche.

Los relojes deben señalar al medio día verdadero, ó sea al pasar el sol por el meridiano, las 12 horas, 11 minutos y 15 segundos.

La ecuación del tiempo es 11 minutos y 15 segundos.

CRÓNICA DEL ESTRANERO.

Desgracias.—El George-Canning, hermoso buque de 200 toneladas que hacia el servicio entre Hamburgo y New-York, se ha perdido en la embocadura del Elba durante la tempestad que se sintió en todas las costas del mar del norte el 12 de enero. Se cree que no haya escapado nadie de tan horrible desastre, calculándose que han perecido unas noventa personas. Las pérdidas materiales son también inmensas.

Pérdidas.—En la inundación que tuvo lugar en Hamburgo el 2 del corriente, subió el agua a más de veinte pies y una pulgada inglesa, solamente inferior en tres pulgadas a la inundación que causó tantos estragos en Hamburgo en enero de 1825. Se calculan las pérdidas en 15 millones de franco.

PARTE OFICIAL.

(GACETA DEL 19.)

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina (Q.D.G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

SEGUNDA SECCION.—OFICINAS GENERALES.

DIRECCION DE HIDROGRAFIA.

Aviso a los navegantes.

En el Nautical Magazine del mes de diciembre pasado próximo, se insertan las siguientes noticias.

11.—COSTAS DE NORUEGA.

Fueros de temporada.

Por disposición de la junta directiva de la armada de Noruega, los faros que se expresan a continuación, y se han encendido hasta ahora el 21 de diciembre; alumbrarán en el sucesivo desde 1º de octubre hasta el 1º de abril de cada año:

Faros.	Latitud N.	Longitud E. del Greenwich.	Longitud E. del Observatorio de San Fernando.
Vigeholm.	59. 8. 40"	5. 17. 20"	11. 29. 14"
Fjeld.	59. 5. 25	5. 35. 00	14. 46. 51
Buckensund.	59. 15. 15	5. 29. 00	11. 40. 51
Eyletta.	59. 25. 40	5. 8. 00	11. 19. 51
Espremer.	59. 35. 5	5. 10. 00	11. 21. 51

21.—GOLFO DE BOTNIA, COSTA DE SUECIA.

Valizas en los bajos Finn del E. y O., y en el de Grundkalle.

Segun anuncio oficial del gobierno de Suecia, se ha colocado recientemente en 6 brazas una boya-valiza con percha blanca de 15 1/4 pies castellanos de altura, y una bola roja en su tope, distante media milla al E. de la parte de menor fondo 15 1/4 pies del bajo Finn del O.

Asimismo se ha situado otra boya-valiza con percha roja y bola blanca en 7 1/4 brazas, a tres cables al E. de la parte de menor fondo (7 3/4 pies) del bajo Finn del E.

Estos dos bujes distan uno de otro 1